

ASI QUE PASEN CUARENTA AÑOS

Michèle JEAN

A mediados del siglo diecisiete, Cyrano de Bergerac escribió, en Francia, su *Histoire comique ou voyage à la lune*, que le convierte en un precursor de lo que, siglos más tarde, vendría a ser la ciencia-ficción. Swift y Voltaire se inspiraron en Cyrano de Bergerac para escribir, respectivamente, *Gulliver* y *Micromégas*. Jules Verne, en 1865, imagina unos viajes siderales con cohetes y tripulaciones a bordo que exploran el cosmos. Después la literatura de anticipación en Francia ha quedado en segundo plano o, por lo menos, en un desprestigio generalizado. Si se lee ciencia ficción es, sobre todo, en traducción, de obras anglosajonas en particular, procedentes de países en los que la literatura de ciencia ficción sigue siendo una literatura viva y fecunda. En Francia, en la primera mitad de nuestro siglo la literatura de ciencia ficción es poco más que un subgénero literario reservado o bien a la literatura de tipo infantil o a la de consumo, sin gran calidad. En 1952, grupos de aficionados y curiosos se agruparon en unos "clubs" para defender este tipo de literatura. El más famoso fue el "Club de los savanturiers", fundado por Queneau y Boris Vian (savanturiers: juego de palabras, cruce de savants/aventuriers), pero esto sólo tuvo un alcance muy limitado.

El éxito, en 1960, de una novela de anticipación titulada *Le matin des magiciens*, en la que se advierte una mezcla de ciencia y fantasía, impulsó a sus autores, L. Pauwells y Bergier, a crear una revista "Planète", que ha ayudado considerablemente a la difusión de este tipo de literatura y ha despertado el interés no sólo del público, sino de la crítica en general. Editoriales como Denoël crearon una colección de ciencia ficción *Présence du futur*, que con otra consagrada a este tipo de obras *Anticipation fiction*, cultivaron ampliamente el género. En 1977, por primera vez, el premio "Apollo" se concede a un libro francés de literatura de ciencia ficción. En 1978, año del aniversario del nacimiento de Jules Verne, se publican, por primera vez en Francia, más libros franceses originales de ciencia ficción que traducidos de otras lenguas. El interés actual por la literatura de ciencia ficción aumenta en Francia cada día, apoyado, claro está, por todo lo que suele rodear a este género: los tebeos y las películas sobre todo.

Los dos libros que voy a comentar representan una incursión en el terreno de la literatura de anticipación de dos autores que no son especialistas del género. Jean-Louis Curtis¹ y Jean Dutourd² son novelistas y ensayistas de corte tradicional.

Jean-Louis Curtis publicó *Un saint au néon* en 1956, siete años después de la famosa novela de Orwell *1984*. Es de suponer que Curtis conociera la obra de Orwell, quizás también la de Huxley, con las que coincide en algunos aspectos. Jean Dutourd publicó *2024* en 1975. Ambas novelas tienen muchos puntos de contacto. El primero y más importante es su visión pesimista del futuro, aunque no se pueda calificar los dos libros que evocamos como "novelas de catástrofe", ya que el pesimismo está atenuado por el humor, humor leve e irónico en Curtis, más sarcástico y negro en Dutourd.

1 Jean-Louis CURTIS (Orthez, 1917), profesor, periodista, novelista. Premio Goncourt en 1947 con *Les forêts de la nuit*. Ha cultivado un género muy francés, el "pastiche" en *Haute École*, y *A la recherche du temps posthume*. Ha escrito para la televisión. Otros títulos de novelas: *Les justes causes* (1954) y *La quarantaine* (1966). Una de sus novelas cortas, por lo menos, ha sido llevada al cine.

2 Jean DUTOURD (París 1920), novelista, ensayista, periodista. En 1945 publica su ensayo *Le Complexe de César*. En 1952 consigue el premio "Interallié" con *Au bon beurre*. Ha publicado, sobre todo, novelas y un excelente ensayo sobre Stendhal *Le fond et la forme* (1958-1965). Algunos volúmenes como *Petit Journal* y *Cinq ans chez les sauvages* recogen sus trabajos periodísticos, el último de ellos de críticas de televisión.

Las dos novelas se desarrollan en Francia, en París, pero aluden al estado del mundo y refieren lo que pasa en los demás países, cuya suerte no tiene nada que envidiar a la de Francia. Curtis y Dutourd parten de una base real: la sociedad contemporánea. Fantaseando sobre la realidad, llegan a entrever un futuro posible. Este futuro para los dos escritores está ya inscrito potencialmente en la sociedad de su tiempo. En realidad no hacen sino subrayar y llevar a sus últimas consecuencias ciertos rasgos ya existentes. Para Curtis, la mecanización y robotización de la técnica, en una implacable evolución, aniquila al individuo. Dutourd evoca, por su parte, la destrucción progresiva de la humanidad. Las dos novelas se desarrollan en un ambiente que se presenta como lógico y posible. El lector de hoy acepta, con naturalidad, este juego. Ambos escritores se divierten inventando palabras nuevas, modas pasajeras o recordando maneras de hablar o costumbres (en realidad, las nuestras hoy). Así, por ejemplo, en el París de 1995 han desaparecido los coches. Han sido sustituidos por "autogryres" (autogiros, palabra que ya inventó La Cierva en España, hace años), máquinas volantes particulares o de transporte colectivo. Las personas ya no se telefonan, se "televisiofonean". En el París de 2024, imaginado por Dutourd, los viejos coches de fin de siglo son abandonados como trastos inservibles porque la falta de gasolina impide su uso. La gente sólo va de un sitio a otro andando. Para un anciano, atravesar París supone un esfuerzo más que considerable.

En los cinco relatos que forman *Un saint au néon*, Curtis muestra algunos aspectos de la vida y costumbres de París desde 1995 hasta 2050, poco más o menos. El conformismo de la gente es el rasgo dominante de esta sociedad. Una sociedad que en el plano material ha alcanzado su apogeo. Ya no hay enfermedades ni pobreza. Las grandes potencias occidentales han firmado en 1985 un tratado universal con la Unión Soviética. No habrá guerra nuclear. Todas las religiones se han fundido en una sola. En esta sociedad uniformizada, el anti-conformista no puede subsistir. El hombre que quiere defender y conservar su individualidad está condenado a desaparecer. Puede suicidarse, como Silvio, acusado de haber fundado un club secreto que rinde culto a los valores del pasado o será sometido a una operación quirúrgica, una lobotomía, como el protagonista del primer relato, que se niega a ser utilizado por el poder. Así, los progresos de la medicina servirán para fines muy determinados: la sumisión y la uniformidad de la especie humana. Un anticonformista sólo puede ser un loco. Se le someterá a tratamiento

psiquiátrico en centros especializados. Desde 1995, los médicos están buscando la forma de controlar el instinto sexual, fuerza que puede llevar al individuo a rebelarse contra la norma. Se inventa una droga que retarda este instinto y que se aplicará de forma obligatoria en la nueva sociedad de 2050. En 2050 la sociedad imaginada por Curtis acaba su evolución cuando llega a un punto de control total. Todo está ya previsto y controlado. Ya no se utiliza casi el sistema de partenogénesis o inseminación artificial, tan en boga en el año 2000. Los jóvenes deben tomar hasta la edad de veinticinco años la famosa droga, la "bromolactina", que impide el despertar de la sexualidad. A los veinticinco años alcanzan la mayoría sexual. Tras unos cursillos en un centro especial deben contraer matrimonio y procrear hasta la edad de treinta y cinco años, edad en la que cesará obligatoriamente toda actividad sexual. Los ciudadanos están sometidos a la Ley, es decir al poder omnímodo del Estado. Ya nadie se acuerda de la libertad, del libre albedrío, cuyo recuerdo se ha desvanecido de la memoria colectiva. Ha sido prohibida la evocación de una gran parte de la civilización anterior. Existe un vocabulario prohibido, como, por ejemplo, las palabras "individuo" o "bonheur" (felicidad), cuyo sentido también se ha olvidado. Las personas que no respetan de manera absoluta la Ley pueden acabar sus días en las Tinieblas Exteriores (Goulag o campo de concentración). El protagonista del último relato acabará en uno de esos campos por haber pronunciado, sin conocer su sentido, las palabras prohibidas: individuo y felicidad. Allí, en el campo de los condenados, destinado a morir desintegrado en el "domo" (moderna versión de las cámaras de gas), el joven Bogo descubrirá el sentido de la misteriosa palabra prohibida "bonheur" (felicidad) y sospecha que el conocimiento de este sentido por los humanos sería capaz de hacerlo estallar todo.

La negación del pasado es uno de los pilares en los que se apoya la ficción de Curtis. La desaparición progresiva y aparentemente ineluctable de la civilización que conocemos es el punto de partida de la novela de Dutourd. Curtis habla de progreso material ilimitado. Dutourd evoca ruinas y regresión. En 2024, París sólo es una ciudad semiderruida que presenta un aspecto desolador, con sus casas caídas, sus rascacielos vacíos y los aparcamientos subterráneos convertidos en cementerios. El "Bois de Boulogne" se ha transformado en una jungla inextricable. Sólo se oye el ruido de las palomas, nueva plaga, que lo invade y ensucia todo. Francia y el mundo entero están des poblándose. Ya sólo se ven ancianos. Ya no hay

niños. Los colegios se han transformado en casas de retiro para las personas de la tercera edad. En el ejército no hay más que generales. Las generaciones han dejado de renovarse. La ruina y la muerte se apoderan poco a poco del planeta. ¿Qué ha pasado? ¿Ha habido una catástrofe nuclear? Nada de eso, explica Dutourd. El aniquilamiento del planeta es obra del hombre, que quería dominar la ciencia, que creía a pies juntillas en el progreso y que ha acabado por caer en su propia trampa. Es una línea tradicional de escritor moralista. Dutourd nos ofrece una fábula en el marco de una novela de anticipación. Como Voltaire en sus cuentos. Dutourd arregla sus cuentas con la sociedad de su tiempo y defiende unas ideas muy determinadas. Hombre enamorado del pasado, que ve en el siglo dieciocho un ideal del arte de vivir. Dutourd se recrea imaginando la desaparición de las modernas realizaciones, pero al mismo tiempo, deplora la pérdida de unos valores que le parecen indisolubles de nuestra civilización. Critica las costumbres actuales, el control de natalidad, que puede llevar a la desaparición de la especie, las modas efímeras y, como Curtis, el conformismo y el snobismo. Para él, sobre todo, el gran crimen del siglo XX es la "ausencia de Dios", la negación del pecado, que engendra la desesperación. El mundo de 2024, dice Dutourd, es un mundo de pesadilla, un mundo de ancianos acechados por la nada. Dutourd, en el fondo, no se resigna a condenar este mundo. El protagonista del libro encuentra por casualidad a un niño y a su familia —cosa extraordinaria en este París de viejos—. Estos jóvenes viven en una casa de las de antes, redescubren los valores de antes... cuentan que en Francia existen otras familias —unas pocas— como la suya...

Así, pues, Dutourd en 1975 y Curtis en 1955 presentan una sociedad futura que podría surgir de la nuestra. Ambos escritores se valen cada uno a su modo, de la novela de anticipación para expresar sus ideas y opiniones. ¿Qué representa para ellos esta literatura? Dutourd aprovecha el molde de la novela de ciencia ficción para defender, como ya he dicho, sus ideas y, al mismo tiempo, hacer una sátira de la sociedad de su tiempo, mientras que Curtis intenta hacer, quizás, un "pastiche" muy logrado de las novelas anglosajonas (Huxley, Orwell).

La literatura de anticipación permite el libre desarrollo de la imaginación y es, al mismo tiempo, un medio fácil que permite tratar ciertos problemas planteados en la sociedad contemporánea que la censura en algunos casos o la falta de imaginación del lector, no permiten tratar de otra forma. Voltaire se sirvió de la literatura fan-

tástica en *Micromégas* para atacar la sociedad de su tiempo, que describe ubicada en una sociedad imaginaria. Dutourd y Curtis no tienen problemas de censura. Si utilizan la forma literaria de la literatura de anticipación es porque les agrada como juego literario y también para despertar el interés del lector, ya que este género permite avisar al lector con más eficacia de los peligros potenciales que le roedan. Supone una reflexión sobre el comportamiento de los individuos y sobre el porvenir de la sociedad en general.

Estos dos novelistas son unos moralistas que utilizan el molde y los recursos del género literario de novela de anticipación para prevenir al lector de los peligros que le acechan si las cosas siguen así.

PREMONICIONES CATASTRÓFICAS EN LA CIENCIA-FICCIÓN

Carmen OLIVARES RIVERA

I. La continuidad de Frankenstein

Las raíces históricas de la ciencia-ficción son tan profundas y los precedentes tan numerosos que consumiría todo el espacio disponible con tan sólo mencionarlos. Por ello comenzaré por la obra que, según la mayoría de los críticos, se tiene como punto de partida de este género en el sentido contemporáneo, *Frankenstein* (1818). Dicha obra, de argumento bien conocido, fue escrita por una joven de 19 años, Mary Shelley, hija de una de las primeras feministas históricas, Mary Woolstonecraft, y esposa del gran poeta romántico Percy Shelley. En ella, el hombre de ciencia representado por Victor Frankenstein, por medio de una fuente de energía entonces recién descubierta, la electricidad, asume el papel de creador de la vida y anima la materia muerta de un cadáver, originando la conocida figura del monstruo, doblemente patética por su capacidad de padecer e infringir sufrimiento.